

NOTAS

CRONOLOGIA DE LA FLOR

Vínculos definitivos e indelebles son los que unen a Enrique Peña con nuestra aventura poética de los diez últimos años. Todo lo ha tenido este extraordinario caso lírico de intimidad y regocijo. Desde su presentación poética aureolada de una consagración sin reticencias, hasta esa su humanidad inmediata de un atesorable impulso emocionado de tan brillante delicadeza. El año de 1924 se organizaban los Juegos Florales en el Perú. No era la primera vez, pero por la estructura del equipo intelectual que integraba la calificación, se prometía un criterio distinto e inesperado en su desempeño árduo. Entonces fué cuando Enrique Peña hubo de sorprender como la esperanza vigorosa y cabal de toda una generación. El nuevo poeta se presentaba con una extraordinaria riqueza íntima, plena de dulce violencia. Su juventud, y aquel gesto de una callada pureza, ponían una nota inconfundible. Allí es donde se nutren las raíces de quien en el futuro quiera hablar sobre la aparición de un nuevo sentido poético. Los Juegos Florales de 1924 traducen así, una significativa situación.

Porque Enrique Peña más que un exótico paraíso estético, representaba una virtualidad poética totalmente distinta. Arde y crece su poesía en una dura y acongojada entraña de la misma dulzura de la vida. Página a página calla su libro la predilección apasionante. Crece la pausa expresando en la más fragil imagen de un derrotero terrenal de cariño:

Y una noche hermanas cuando estéis leyendo
mis versos acaso veréis una sombra . . ."

Doce años después —tras las vacaciones soñadas en cuántas y maravillosas estancias— la palabra retorna madrugada en una canción hecha toda de cristal de dulzura:

La misma soledad
el mismo cielo
No sé qué hechizo, que experta maga
qué palabra escondida".

Entre el aroma y el retorno a la sombra, sin embargo, hay un vasto jardín de flores construidas. ¿Cómo prescindir del dulce tono sin violencia de sus "Ventanas humildes al mar y al campo" que el poeta escribiera hace algunos años en la tibia transparencia de una villa en suspenso? ¿Y cómo poder olvidar a "Cuchuru y las palomas" en la dulce parábola de su vida? Todavía pienso ver a Cuchuru en esa misma disposición a meditar sobre la certeza del caballo. Pero Cuchuru y el poeta son dos almas en una misma y golosa suavidad. Son los dos herejes del bullicio, escarpados a una tenue esfera próxima y remota. Para llegar a dimensión tan cierta, de la infancia de Cuchuru como una anécdota, solo queda su visión del Coronelito y de Doña Urraca. Es la única cronología de aromas, que norma su vida. Después nada: solo sabemos que de improviso aparece entre dos nieblas. Pero está aquí en un lucido libro de voces y palomas, como un prestidigitador del cielo.

Es ya una doble flor de sufrimiento; llega un momento en que el poeta escapa definitivamente al sueño, y es cuando sugiere su más puro "proceso de intimidad" que dijera Estuardo Núñez. Este "cinema de los sentidos puros" que quiebra su silencio, no pertenece plenamente a la tierra. Posee su propio miramiento, su tácita continuidad. El poeta prefiere el gesto exquisito que lo aleja cada vez más de los ojos y los oídos. Es el gesto absoluto de romper su nexa con el mundo; superar la propia torpeza de un dolor, para elevarlo a una exenta geografía:

"Tú eres el límite último donde la carne asciende al cielo, el ritmo sencillo, trasparenteado en la alegría de Dios".

Mas ahora, hay que dar la noticia del retorno del poeta. Viene de dibujar el aire donde acontecen las flores. Por eso el nuevo libro de Enrique Peña podría también haberse llamado cronología de la *flor*. Ahí presenciamos el enfurecerse y apaciguarse de la flor en su propia esencia. Destruir y justificar su destino. El herir y aplacar con igual gozo:

"Verdaderamente parecías una flor
Hay un silencio que llega con flores en las manos"
(Poema XI)

Otras veces conmina a la palabra sobre un jardín maravilloso:
"Esta palabra mía va cerrándose en flor
va apretándose en flor para la noche"
(Poema IX)

No contento con que arda la soledad en el "Romance de mar y cielo" dedicado a Martín Adán, enuncia su misión marina:
"Nave que brota de la onda
como rosa del rosal"

El recuerdo inmerso en su presente, violenta su dolor por el amigo:

“Oquendo, Oquendo, tan pálido, tan triste
Tan débil que hasta el peso de una flor te rendía”
(“Poetas muertos”)

Cree en la soledad que se abre “Como una flor nocturna”.
En otro lugar insinuará una vaga dulzura en el breve poema:

“Yo le oí decir a una florecilla tu nombre”
(Poema XIII)

Y después en su acongojado camino, no puede eludir la visión:

“¡Esa flor que tenía escondida una palabra de sombra!”
(Poema IV)

Así va fraguando una teoría de corolas para aliviar su vigilia, para acortar su sueño:

“Parecías a veces una flor en el aire”
(Poema II)

o sino

“En el aire caliente cogen flores mis manos
y empiezas a nacer como una muerta”
(Poema I)

“Empiezas a nacer como una muerta”. El poeta intuye la inminencia dulce de su angustia. Su antología anuncia esta cercana circunstancia. Apenas muerta la flor ya ha nacido también, y se muestra otra. Es la flor nueva que murió hace tiempo. O la flor antigua que acaba de nacer. El poeta la ha reconstruido cabalmente en una dulce tortura acesante que no pertenece ni a la propia vida, ni tampoco a una muerte inmediata e imprecisa.

1937.

L. F. X.